

Prólogo a la sexta edición

Cuando este libro vió por vez primera la luz, en junio de 1993, había transcurrido un año desde la beatificación, por Juan Pablo II, de Josemaría Escrivá de Balaguer. Así consta en la fecha de la Presentación que, a petición de EUNSA, tuve el honor de redactar por entonces. Aquel mismo acontecimiento continuó siendo punto de referencia en la datación del breve Prólogo, que acompañaba a la tercera edición (1997), reproducido también en las siguientes. La última de éstas, la quinta, fue estampada en junio de 2000.

Ve ahora la luz la sexta edición del libro, y de nuevo somos requeridos a presentarla de modo conciso. Nada ha cambiado respecto al contenido, pero son distintas las circunstancias que rodean ahora la publicación. La principal novedad estriba en el nuevo título canónico-litúrgico del Autor aquí estudiado, san Josemaría. El domingo 6 de

octubre de 2002, en efecto, Juan Pablo II, en una inolvidable jornada romana y ante una inmensa representación del pueblo de Dios, incluyó en el catálogo de los santos a Josemaría Escrivá de Balaguer. Ese hecho ha sugerido la conveniencia de modificar —con la anuencia de los autores de los textos— el modo de mencionarlo en el libro: ya sólo se emplea, cuando es necesario, el título de santo.

Por lo demás, nada ha variado en esta nueva edición, y podríamos poner ya punto final a estas líneas. Quiero, sin embargo, alargarlas fugazmente, y completarlas, glosando dos detalles históricos, relacionados con la canonización de san Josemaría, que considero dignos de señalar. Los menciono porque ayudan a resaltar —por así decir, como desde fuera, aunque, a su vez, desde la especial altura de unas palabras del Romano Pontífice— la centralidad que alcanzan, en la espiritualidad del Fundador del Opus Dei, los temas expuestos en este libro.

El lunes 7 de octubre de 2002, concedió el Papa Juan Pablo II una Audiencia, en la Plaza de San Pedro, a los miles de personas que habían asistido el día anterior a la ceremonia de canonización de san Josemaría. En el discurso que entonces les dirigió, quiso el Santo Padre destacar algunos aspectos principales de la vida y la enseñanza del

nuevo santo. Uno de ellos, apunta directamente al tema aquí desarrollado por Mons. Fernando Ocáriz, y lo expresaba así el Papa:

«El Señor [a san Josemaría] le hizo entender profundamente el don de nuestra filiación divina. Él enseñó a contemplar el rostro tierno de un Padre en el Dios que nos habla a través de las más diversas vicisitudes de la vida. Un Padre que nos ama, que nos sigue paso a paso y nos protege, nos comprende y espera de cada uno de nosotros la respuesta del amor. La consideración de esta presencia paterna, que lo acompaña a todas partes, le da al cristiano una confianza inquebrantable; en todo momento debe confiar en el Padre celestial. Nunca se siente solo ni tiene miedo. En la Cruz —cuando se presenta— no ve un castigo sino una misión confiada por el mismo Señor. El cristiano es necesariamente optimista, porque sabe que es hijo de Dios en Cristo».

Y, de manera semejante, en un pasaje sucesivo de su Discurso, fijaba su atención el Pontífice en otro aspecto central de la doctrina de san Josemaría, que es la deseable conjunción en la existencia del cristiano entre vida de fe y sentido apostólico. Es el tema de la «unidad de vida», característico de san Josemaría, del que se ocupa en este libro

Mons. Ignacio de Celaya. Las palabras que dirigía Juan Pablo II a aquellos miles de fieles decían así:

«San Josemaría estaba profundamente convencido de que la vida cristiana entraña una misión y un apostolado: estamos en el mundo para salvarlo con Cristo. Amó apasionadamente el mundo, con un “amor redentor” (cfr. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 604). Precisamente por eso, sus enseñanzas han ayudado a tantos cristianos corrientes a descubrir la fuerza redentora de la fe, su capacidad de transformar la tierra. Éste mensaje tiene numerosas implicaciones fecundas para la misión evangelizadora de la Iglesia. Fomenta la cristianización del mundo “desde dentro”, mostrando que no puede haber conflicto entre la ley divina y las exigencias del genuino progreso humano. Este sacerdote santo enseñó que Cristo debe ser la cumbre de toda actividad humana (cfr. Jn 12, 32). Su mensaje impulsa al cristiano a actuar en los lugares donde se está forjando el futuro de la sociedad. De la presencia activa del laico en todas las profesiones y en las fronteras más avanzadas del desarrollo sólo puede derivar forzosamente una contribución positiva para el fortalecimiento de esa armonía entre fe y cultura, que es una de las mayores necesidades de nuestro tiempo».

«Vivir como hijos de Dios», como señala el título de esta obra, siguiendo de cerca a Jesucristo

e imitándole en su afán de restablecer entre los hombres (en sus corazones, en sus inteligencias, en sus trabajos, en sus relaciones) el Reino del Padre, es un camino excelente para contribuir a la nueva evangelización. Leído y meditado desde esa actualísima perspectiva, este pequeño libro puede ayudar a muchos a tomarse en serio su fe, y a manifestarla con alegría y sin temores en las circunstancias más diversas.

Este somero prólogo no debe extenderse más. Si algún lector se siente atraído por la ideas contenidas en el libro, y quiere profundizar en ellas, puede acudir, entre otras, a una obra importante y reciente: E. Burkhart - J. López, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría*, 3 vols., Ediciones Rialp, Madrid 2010-2013.

ANTONIO ARANDA

*Pamplona, 6 de octubre de 2013,
en el undécimo aniversario de la Canonización
de Josemaría Escrivá de Balaguer*